

Marina Garcés

Filosofía inacabada



Galaxia Gutenberg

Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

Marina Garcés

Filosofía inacabada

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2015

© Marina Garcés, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: DL B 19531-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-79-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

No pretendo escribir una oda al abatimiento sino jactarme con tanto brío como el gallo encaramado a su palo por la mañana, aunque sólo sea para despertar a sus vecinos.

H. D. THOREAU, *Walden*

PRÓLOGO

Cómo no filosofar

Me preguntan a menudo si me siento filósofa y cómo llegué a serlo. Interpelar a quien se dedica a la filosofía es interpelar a la persona. No me imagino que a un dentista se le preguntara si se siente dentista o que a una ingeniera se le cuestionara si se siente ingeniera. Pero la filosofía proyecta un porqué siempre abierto sobre una decisión vital. Más allá de estar vinculada a una profesión o a un campo de estudio, la actividad filosófica es una posibilidad por la que se apuesta como una forma de vida. Tiene consecuencias personales, pero también colectivas, sobre el entorno y sobre el propio tiempo. ¿Es posible hacer esta apuesta hoy?

Preguntarme a mí si me siento filósofa y cómo llegué a serlo es, también, preguntarnos a nosotros mismos por la posibilidad y el lugar de la filosofía en nuestra sociedad. Nuestra sociedad no es algo abstracto: son nuestras escuelas y nuestras universidades pero también nuestras preocupaciones, nuestras conversaciones y nuestros modos de relacionarnos con lo que ocurre. La filosofía es la *manía* de algunos, que sin embargo necesariamente incumbe a todos.

Empecé a estudiar filosofía en el momento en que el arrinconamiento institucional de la filosofía iba mano a mano con un discurso ampliamente aceptado sobre el fin de la filosofía. Esto ocurría, además, en un país y en unas lenguas, el catalán y el castellano en mi caso, que no tienen una tradición filosófica fuerte. Así, lo que no había llegado nunca a empezar del todo, estaba llegando extrañamente a su fin. En ese momento, principios de los años noventa, apos-

tar por la filosofía era, por tanto, entrar en un limbo. Han pasado veinticinco años desde ese momento inicial. El arrinconamiento institucional de la filosofía no sólo persiste sino que va ampliando sus efectos en el sistema escolar y universitario. Pero la muerte de la filosofía no se ha llegado a consumir, más bien todo lo contrario. La filosofía nació al aire libre y a las calles vuelve. Nació en la discusión y vuelve a ser discutida. Se abrió como posibilidad del discurso en la guerra entre ciudades y formas de vida. Y hoy vivimos en la evidencia de que una guerra sin tanques ha puesto en grave conflicto nuestras formas de vida.

Apostar por la filosofía hoy es rebelarse contra su imposibilidad y su muerte. Esto se ha traducido, demasiado a menudo, en posiciones justificatorias y en el fondo victimistas acerca de la defensa de la filosofía, como si fuera una especie en extinción que hay que preservar en un zoológico. Pero la filosofía no puede justificarse ni mucho menos preservarse. Todo lo contrario: tiene que practicarse y exponerse. Salir de allí donde se decreta su muerte para redescubrir su necesidad. Ya en 1978, la filósofa húngara Agnes Heller escribía: «La necesidad de la filosofía crece sin cesar; tan sólo la propia filosofía lo ignora todavía».¹

Pero la filosofía no es nada si se la aísla. No está encerrada en sus obras ni encapsulada en la oferta académica ni en el conjunto de profesiones que supuestamente se ocupan de la filosofía. Es una práctica de vida que desplaza los límites de lo que es visible y pensable en cada tiempo y para cada contexto histórico y social, a partir de la pregunta por una verdad que debe ser buscada con el pensamiento. No es una actividad gratuita u ociosa. Es un exceso, sí, y en este sentido un lujo, pero su exceso tiene que ver con un vacío y con un deseo: el de la imposibilidad de colmar de sentido y de orientación a la existencia humana. De esa imposibilidad de unidad y de inmediatez emerge el deseo de una ver-

1. Heller, A.: *Por una filosofía radical*, Barcelona, El viejo topo, 1980, p. 46.

dad que oriente a la vida, de un saber que a la vez sea capaz de proponer un modo de vida.

Hay un desajuste o una distancia entre la vida y sus posibilidades, entre los hechos y los valores, entre lo que hay y lo que tendría que haber, entre lo que sabemos y lo que siempre entendemos que se nos escapa aunque no sepamos qué es. La lista de desajustes es infinita, porque son las múltiples caras de una misma distancia: la que recorre a velocidad infinita el pensamiento de un ser finito. Un ser finito, nosotros: eso que no sabemos dónde empieza y donde acaba pero que provisionalmente localizamos en el espacio y el tiempo como nosotros, los humanos. ¿Cuáles son los límites y las condiciones de posibilidad del pensamiento que se rebela contra su propia finitud y contra sus propios límites? Eso es lo que hace el pensamiento: ir más allá de lo que inmediatamente somos, pero no para encontrar cualquier cosa, sino algo que sea, de algún modo, verdad.

Desde ahí, desde ese cuerpo a cuerpo del pensamiento con nuestros propios límites, la pregunta no puede ser ¿cómo aún filosofar?, sino: ¿cómo no filosofar? Con ella terminaba Jean-François Lyotard sus cuatro conferencias de 1964, dirigidas a estudiantes de primer curso en la Sorbona. Anunciadas bajo el título *¿Por qué filosofar?*,¹ se cierran, tras una convincente y emocionante explicación acerca de la necesidad y del deseo de filosofía, con la pregunta: «En verdad, ¿cómo no filosofar?». Como demuestra Lyotard, hay argumentos de peso para defender la existencia de la filosofía, pero no la convierten en una opción más atractiva o más útil que otra para la vida. Simplemente, es inevitable, siempre que estemos dispuestos a percibir y a querer nombrar la distancia entre nosotros y el mundo. Por tanto, no se trata de estirar el pasado de una historia moribunda, sino de abrirnos al presente de una filosofía inacabada. Es una pregunta, además, que abre la interpelación de la filosofía potencialmente a todos. ¿Cómo no filosofar? Es una pregunta

1. Lyotard, J-F.: *Pour quoi philosopher?*, París, PUF, 2012.

que se dirige a filósofos y a no filósofos, reunidos en esa potencia común, que es la potencia del pensamiento.

La filosofía es como la música. Algunos la practican hasta el virtuosismo, otros tratan más informalmente con ella. Unos conocen a fondo determinadas culturas y lenguajes musicales, otros no tanto. Pero todos los humanos tenemos relación con la música. Con la filosofía ocurre lo mismo. No hace falta haber leído a Platón para adentrarse, hasta lo más profundo, en una pregunta como ¿qué es la justicia? No hace falta haberse aventurado en las sentencias de Wittgenstein para comprender el alcance e importancia de nuestros silencios y de todo aquello que no podemos decir. ¿Significa eso que ni Platón ni Wittgenstein son necesarios porque todos somos naturalmente filósofos? Esto sería tan absurdo como sostener que la música existiría en nosotros sin formar parte de ninguna herencia musical elaborada. Pero lo propio de la música y de la filosofía es la relación entre una práctica minoritaria y una experiencia compartida por todos. La música y la filosofía no son saberes particulares, conocimientos que se puedan tener o no tener. Más allá de dedicarnos a la música o a la filosofía, hay una experiencia de la música y del pensar filosófico que nos atraviesa queramos o no. No se puede escapar a la música, como no se puede escapar a la filosofía.

Desde este paralelismo, qué absurdo sería plantear la muerte de la música, como se ha hecho a lo largo del siglo xx y aún hoy con la filosofía. Sí es cierto que la música, en el sistema escolar, ha sufrido un arrinconamiento institucional parecido, cada vez más extremo también. Los estudios musicales han quedado reducidos a ese tiempo extra, extraescolar, del que sólo pueden gozar quienes tienen el tiempo y el dinero para hacerlo. Sin embargo, ¿a alguien se le ocurre imaginar una sociedad y una vida sin música? Respecto a la filosofía hemos jugado demasiado con esta idea, la de una sociedad sin filosofía o postfilosófica.

Se objetará que hay otras maneras de elaborar el sentido siempre inacabado de la existencia humana, como el arte o

la religión, en su diversidad de expresiones. La religión nos ofrece un horizonte de trascendencia y el arte un aquí y un ahora de una expresión, capaz de proyectarse más allá de ella misma. El arte, la religión y la filosofía no se sustituyen unos a otros. Se reparten, se continúan y, en según qué casos, se combaten como modos antagónicos de estar en el mundo. Pero lo que no hay es resolución religiosa o artística de lo filosófico, aunque la teología o cierta estética de la existencia lo hayan podido pretender.

¿Qué es lo específico de la filosofía respecto a estas otras elaboraciones del sentido inacabado de la existencia humana? A diferencia del arte y de la religión, la filosofía es el discurrir de una voz singular en busca de una razón común. En la experiencia religiosa, la voz singular queda subsumida en una razón más alta, la experiencia de lo sagrado o la instancia de lo divino, que funcionaría como referencia y garante de la razón común. En el arte, la expresión singular, aunque sea universalmente comunicable, no depende de la búsqueda de una argumentación compartida. La filosofía tensa esta polaridad entre la singularidad de la voz filosófica y la potencial universalidad de su discurso. Cada filósofo es uno, o una. Con su nombre propio y sus opciones vitales. Finito en la singularidad de ser una vida. Y a la vez, el pensamiento es desde ahí ofrecido e invocado como un lugar de encuentro con cualquiera y, por tanto, con todos.

La filosofía nace con el nombre propio y lo hace habitable. No conocemos a los primeros arquitectos o a los primeros poetas. Pero sí a los primeros filósofos, una lista de nombres más importante que sus propios textos, muchos de ellos ya perdidos. Tales, Anaximandro, Anaxágoras, Heráclito, Parménides y los demás presocráticos dibujan un mapa de nombres propios como opciones del pensamiento. A la vez, estos nombres son los indicios de una pasión igualitaria, que es la de que cualquiera pueda hacer suyos esos pensamientos singulares. Mi pensamiento no es sólo mío, pero cualquiera puede pensarlo porque lo he pensado yo y así lo ofrezco. Ésta es la paradoja de la filosofía, su exigen-

cia y su generosidad. Esta relación paradójica entre lo singular y lo común no sólo es el modo en que la filosofía se pone en práctica, sino que también es su cuestión principal, la que atraviesa todas sus problemáticas y todas sus épocas. La diversidad de las formas (éticas, estéticas, científicas, políticas, etc.) remite a la posibilidad de mantener abierta una misma pregunta: ¿cómo vivir una vida verdadera? ¿Cómo pensar, cómo actuar y cómo conducirse respecto a una verdad pensable por y para todos? Es la pregunta movida por el deseo de reunir lo separado sin unificarlo. Es el movimiento del deseo que se despliega en el movimiento de la inteligencia, un deseo (*philein*) que no se traduce en posesión sino en intelección. ¿Qué hay que entender? La relación de lo que parece no tener relación. El *logos*, lo llamaba Heráclito, relación que recoge y separa, que discrimina y vincula, que permite pensar incluso la unidad viva de los contrarios. Como el deseo mismo.

Por eso la filosofía es un pensamiento que transforma la vida. Es un sistema de nociones y una actitud. La filosofía es pensamiento vivido. No ofrece fórmulas o recetas, sino que pone a cada vida concreta en la situación de tenerse que ubicar en los asuntos propios como problemas comunes. En tiempos, como los nuestros, dominados por los procedimientos, los aplicativos y las metodologías, se hace difícil explicar esta especial manera que tiene la filosofía de transformar la vida. Desde el siglo XIX el concepto de utilidad ha restringido el sentido de lo práctico. Pero no todo lo que es práctica y aprendizaje de vida tiene que ser entendido como útil o abandonado por inútil. La filosofía, como otras expresiones del arte o las humanidades, ha tenido que refugiarse demasiado a menudo en el limbo pretendidamente sublime de la inutilidad. Pero ¿qué más necesario que mantener abierta la posibilidad de interrogarnos sobre nuestras formas de vida y nuestras verdades? ¿Cómo vivir, cómo pensar, cómo actuar? La filosofía no es útil ni inútil, es necesaria. Necesaria para la vida concreta de cada uno de nosotros y necesaria para la vida colectiva de las sociedades.

El origen de la filosofía es percatarse de la propia debilidad e impotencia, escribía el estoico Epicteto en el siglo I d.C. De esta experiencia siempre concreta y encarnada de la finitud emerge la potencia siempre inacabada del pensamiento. La posibilidad de la filosofía, en su desarrollo occidental pero también en otras formas de pensamiento no-occidentales, se abre en la toma de conciencia de la distancia entre una cierta idea de totalidad y los límites de la experiencia humana respecto a ella. Por eso la filosofía incluye, como condición, la posibilidad de la no-respuesta o de su elaboración siempre inacabada. Convierte el límite del pensamiento en palanca para poder pensar. Hay quien piensa que la filosofía se entretiene con preguntas sin respuesta. Más que preguntas sin respuesta, de lo que se ocupa el discurso filosófico es de problemas para los que siempre necesitamos forjar conceptos nuevos. No porque no tengan solución, sino porque cambian de situación existencial y de contexto histórico, social, cultural y político.

Redescubrir la necesidad de la filosofía no significa, entonces, recuperar su dignidad perdida, como si de sacar brillo a una vieja joya se tratara. Redescubrir la necesidad de la filosofía es ponerla en situación, exponer el legado filosófico y sus desafíos a la situación existencial y material de nuestro tiempo. La filosofía es una forma de compromiso con el mundo. Más allá de los compromisos particulares, hace suyo el compromiso de hacer y de tener mundo. Por eso, su cometido final, como decía Marx retomando el pulso de la filosofía más clásica, es transformarlo, no con recetas o modelos, sino entrando en conflicto con las formas de vida existentes desde la realización concreta de otras formas de pensar y de vivir. Toda filosofía es crítica de unas formas de vida y recomendación de otras, a partir de una toma de posición en la que están en juego unos valores. Toda filosofía supone, entonces, una guerra entre mundos que aspira a hacer del mundo el hogar de la humanidad. ¿Cómo no filosofar, cómo no seguir filosofando hoy, entonces? Esta pregunta adquiere actualmente un tono de urgencia.

La filosofía inacabada nos interpela hoy en un mundo que muestra síntomas de agotamiento, como planeta y como modelo de sociedad. Filosofía inacabada, entonces, para un mundo agotado. Éste es el desafío que me propongo compartir en este libro: aprender a pensar y a vivir la finitud desde la amenaza de un final. Ya no nosotros, como humanos, sino la totalidad misma es finita. Es un nuevo sentido de la totalidad, el fin total de todo, para el que no tenemos conceptos y que hace emerger nuevos problemas. No se trata de entonar un discurso apocalíptico, que es tan antiguo como la cultura misma, sino de pensar a la altura de esta posibilidad real. Esto cambia el sentido de la acción, de los valores, de la existencia, de la humanidad como especie y como sujeto.

Con este libro exploro el lugar, o los lugares, de la filosofía inacabada en un mundo agotado. Quizá el principal compromiso de la filosofía, hoy, sea *inacabar* el mundo. No se trata de salvarlo, la salvación forma parte del discurso apocalíptico, que se mueve entre la destrucción o la salvación como una alternativa extrema y binaria, que finalmente sólo puede estar en manos de algo que esté más allá de nosotros, Dios, la historia o el destino. No se trata, pues, de salvar al mundo ni a la humanidad, sino de hacer al mundo vivible y a la humanidad capaz de tomar en sus manos esta apuesta. Percatarse de la propia debilidad e impotencia, como decía Epicteto, es el primer paso para ello. Sólo desde la vulnerabilidad compartida puede lanzarse una potencia del pensamiento capaz de librar esta difícil batalla.

El libro se divide en dos partes muy diferenciadas: en la primera, se abordan los retos de la filosofía en un mundo común, expuesto a su agotamiento. Los límites del mundo, de nuestro mundo, nos obligan a interrogar los límites de la filosofía. Desde la Historia de la Filosofía que hemos aprendido en los manuales y en la escuela, el estado actual de la filo-

sofía sólo puede ser interpretado como el de una crisis, incluso como el de una decadencia y caída en la esterilidad. Por eso, lo primero es interrogar el marco mismo, es decir, la Historia de la Filosofía como fuente del sentido de la filosofía que hoy está por hacer. Empiezo el libro, por tanto, desmarcándome del historicismo, porque nos condena a escenificar un final agónico. Frente a ello, apuesto por un ambientalismo filosófico que nos exige cuidar de los ecosistemas sociales y personales que propician el desarrollo de un pensamiento radical, capaz de mantener vivas las cuestiones relevantes de nuestro tiempo. Del fin de la filosofía a la filosofía inacabada, de la Historia de la Filosofía a los ecosistemas del pensamiento.

Desde ahí, la primera parte del libro discurre de manera caleidoscópica sobre tres ejes de cuestiones: en primer lugar, contra la mundialización estandarizada de la filosofía, su descolonización. La filosofía ha pasado de ser un patrimonio europeo a ser una mercancía global, pero esto no significa que esté menos codificada ni culturalmente condicionada. Descolonizar la filosofía significa no sólo escuchar y recibir las voces y las cosmovisiones de los «otros», sino desmitificar el origen singular de la filosofía occidental en Grecia y abrir la posibilidad, para la filosofía, de entrar en relación con el fondo común de la experiencia humana. ¿Qué puede significar esto hoy, sin caer en la tentación de una nueva totalización? La inhospitalidad de nuestro mundo agotado es un territorio común de inclemencia. ¿Cómo puede la filosofía hacer de este territorio su mapa de problemas y de conceptos?

Esta pregunta, que apunta a la necesidad de desarrollar una filosofía *sin dominio*, implica plantearse, en segundo lugar, quién puede pensar hoy y sobre qué. El qué y el quién del pensamiento son inseparables. Hoy ya no están legitimados para pensar solamente los «grandes hombres»: mujeres, precarios o proletarios del conocimiento, personas de otras razas, culturas y condiciones sociales compartimos cada vez más nuestras ideas, visiones, argumentos y conocimientos.

Sólo falta dar un paso más e incorporar en serio a los niños, que hoy funcionan más como un *target* del mercado cultural que realmente como interlocutores.

Esta transformación respecto al quién y al qué del pensamiento actual nos conduce a un segundo eje de cuestiones: contra la estandarización del pensamiento en la esfera pública y en el circuito de la academia global, propongo el compromiso con la filosofía entendida como una práctica educativa. Esta práctica consiste, fundamentalmente, en aprender a pensar y en aprender a escribir como experiencias radicales de transformación de la vida personal y colectiva. Pensar y escribir no son un conjunto de técnicas y de procedimientos que pueden ser mejor o peor ejecutados. Pensar es volver a pensar y escribir es transformarse. En el límite entre los distintos saberes y los distintos ámbitos de la experiencia, la filosofía es precisamente la elaboración consciente de esa necesidad inacabada de aprendizaje y de transformación que se resiste a todo estándar y a toda codificación. Aquí está la vocación igualitaria de la filosofía: a pesar del elitismo que la ha caracterizado en muchos momentos de la historia, la filosofía es la actitud que presupone que a todos nos es igualmente dado el deseo de acceder a la verdad y la posibilidad de emprender su búsqueda con razones comprensibles para cualquiera. La filosofía es, así, encuentro e interpelación. ¿Qué papel pueden jugar hoy las instituciones educativas, escuelas y universidades, en esta labor? ¿Cómo combatir su tendencia actual a reforzar la desigualdad creciente del mundo? Muchos de los que trabajamos actualmente en las universidades sentimos un gran malestar y nos debatimos entre la resignación taticista y el sueño de escapar. ¿Cómo tomar una posición más allá de esta triste alternativa?

Finalmente, este trabajo del pensamiento en los límites entre culturas, saberes y cuerpos que viven en condiciones materiales desiguales plantea una tercera cuestión, quizá la más pasada de moda, pero a mi entender absolutamente imprescindible: la de la unidad del conocimiento. El viejo ideal de la unidad del conocimiento cayó enfermo de soberbia y

de inutilidad. La teoría y la práctica se separaron, la creación y el análisis se distanciaron, lo personal y lo colectivo se aislaron y las ciencias se autonomizaron. En esos procesos, la filosofía cayó en el ridículo de mimetizarse y de convertirse en una disciplina raquíica y «copiona», incapaz de dar de sí lo que los protocolos de la ciencia exigían para legitimarse. Pero actualmente, ni siquiera esas ciencias ejemplares, o esas técnicas triunfantes, tienen capacidad para relacionarse con la complejidad de los problemas comunes de nuestro tiempo. No hay lenguaje único ni universal, ni capacidad de control desde ninguna aproximación unilateral a la realidad. Desde ahí, propongo abordar el problema de la unidad de conocimiento desde una perspectiva nueva. Ya no podemos pretender construir sistemas únicos. Lo que necesitamos es vislumbrar la posibilidad de una experiencia del mundo capaz de generar sentido, respuestas y desplazamientos para el conjunto de la humanidad. La fuerza de la filosofía debe desplegarse, hoy, en un mundo inhóspito, pero también creo firmemente que se encuentra nuevamente ante la posibilidad de desplegar sus conceptos desde nuevas alianzas entre disciplinas, intereses y niveles de experiencia. Filosofía inacabada en un mundo agotado: lo que propongo es la conquista de una nueva confianza, crítica en vez de crédula, tentativa en vez de idealista, en las capacidades humanas para relacionarnos con lo que no sabemos aún. Estamos ahí, no para salvarnos, que no está en nuestra mano, sino para abrir mundos habitables en este mundo común.

La segunda parte del libro incorpora a esta reflexión sobre la filosofía mi lectura de algunos de los principales filósofos y filósofas del siglo xx. ¿Tiene sentido mirar atrás ahora que decimos que nuestra experiencia del mundo está cambiando de manera tan inconmensurable? La posición que mantengo en este libro es que sí. Que el siglo xx es un siglo inacabado. No sólo porque nuestro presente está en continuidad histórica con él, sino sobre todo porque los problemas que el siglo xx ha causado no han podido ser resueltos por sus protagonistas. Ni siquiera pueden ser resuel-

tos desde sus coordenadas. La crisis ecológica y humanitaria del mundo actual nos sitúa en una escala del pensamiento, del conocimiento técnico y científico y de la decisión política que no habíamos alcanzado nunca. Es la escala planetaria como un todo real y concreto.

¿Qué puede ofrecernos, ahora, la filosofía del siglo xx? ¿No es, más bien, la expresión colectiva de una gran impotencia histórica? ¿No se expresa, en sus trágicos recorridos, la experiencia de un final de civilización y la crisis de las promesas de progreso y emancipación de la modernidad? Sí, así es. Pero la filosofía no es nunca solamente una representación de su propio tiempo, sino que lanza la intempestividad de los conceptos contra y más allá de su propio presente. Como exigía Schiller al arte, la filosofía es hija de su tiempo pero no obra suya. Por eso, si leemos bien, desde el inacabamiento y no desde el reconocimiento, en la filosofía del siglo xx encontraremos pistas y herramientas para los problemas irresueltos de nuestro propio presente. Es un siglo oscuro y rico, estremecedor e inmensamente experimentador.

El siglo xx no es, entonces, un periodo del pasado. Es, para nosotros, el siglo inacabado. Inacabado porque los problemas que ha causado no han sido resueltos. Inacabado, también, porque los recorridos filosóficos que lo atraviesan tienen en común la apuesta por desbordar las categorías heredadas de la metafísica y sus ambiciones de sistematicidad. Los aspectos de este desbordamiento son muchos. El pensamiento contemporáneo es una impugnación coral de las pretensiones fundamentadoras, identificadoras y representativas del lenguaje conceptual tal como se había practicado hasta entonces. Las consecuencias de estas pretensiones tienen que ver directamente con la manera como el capitalismo y sus correspondientes formas políticas, el totalitarismo y la democracia de mercado, escinden, explotan y trituran la vida individual y colectiva, humana y natural. Pero el pensamiento contemporáneo no sólo es un ejercicio de crítica radical de estas consecuencias, sino también la exploración de los territorios que se abren más allá de sus límites.

Para mí, la filosofía del siglo xx expresa el deseo y la necesidad de ir al encuentro del mundo: del sujeto hacia el objeto, del alma hacia el cuerpo, de la teoría hacia la práctica, del sentido hacia la voz, de la totalidad hacia la pluralidad, de la identidad hacia las diferencias, de lo representado hacia lo vivido... Cada una de estas tensiones es la señal ya no de una contradicción sino de un desplazamiento. Estos desplazamientos son, aún, nuestros territorios por explorar, aunque bajo condiciones que en pleno siglo xx quizá no se hubieran podido ni siquiera imaginar. Por eso presento una serie de aproximaciones al trabajo filosófico de algunas figuras relevantes de nuestro pasado inmediato. Con la dificultad terminológica y expresiva que tiene la filosofía del siglo xx, cada uno de los capítulos de la segunda parte sirve a la vez como presentación de un autor o problema y como búsqueda de herramientas con las que forjar el sentido, hoy, de una filosofía inacabada para nuestro presente.

Decidí escribir este libro cuando volví a dar clases de filosofía en la universidad, después de un largo periodo de interrupción y de crianza. Allí, en la Universidad de Zaragoza, me reencontré con jóvenes y no tan jóvenes que hacían la misma apuesta que yo hice veinticinco años atrás y que casi había olvidado: estudiar filosofía sin saber muy bien por qué, siguiendo una necesidad y un presentimiento. Ahora que la docencia está desacreditada incluso entre muchos profesores, que es sufrida como una carga por estudiantes y por docentes, como un daño colateral de otras aspiraciones académicas, quiero agradecer a los estudiantes con los que comparto estas ingratas horas en el aula su presencia y su interlocución. Muchas veces es silenciosa, tímida o incluso retraída, pero sin ese ejercicio semanal, entre ritual y deportivo, teatral y atlético, de tenernos que ver allí, tarde a tarde, aprendiendo a leer, a pensar y a escribir, no habría retomado el pulso de la filosofía. El valor que pueda tener este libro hoy, más allá de las aulas, se ha forjado allí, en ese lugar entre nosotros, en el que deseo de aprender y de batallar con la verdad conviven con la dura realidad cotidiana.